



ESCENAS DE LA VIDA COTIDIANA

EL CIEGO

Iba con su bastón blanco por la acera y la gente, presurosa, trataba de esquivarlo, cuando se percataban de su condición. Sufró varios empujones y empujones. De repente, el hombre se paró, se palpó su chaqueta y empezó a gritar: «¡Mi cartera, me han robado mi cartera!». La gente se arremolinó en torno suyo. El hombre lloraba. Llegó un guardia municipal y solícito le instó a que le acompañara a la Comisaría para tomarle declaración. El oficial de guardia, quizá debido al calor, a la rutina y a la costumbre, tras tomarle su filiación, preguntó: «¿Qué aspecto tenía el ladrón?». Dándose cuenta del error cometido musitó unas palabras de excusa...

LA LETRA

El cobrador llamó a la puerta repetidas veces, con insistencia. Finalmente abrió un niño de aspecto sucio y descuidado, que se limitó a mirar fijamente al hombre con curiosidad. «¿No está tu madre?». El niño contestó afirmativamente con la cabeza, pero cuando el cobrador le conminó a que saliera, el niño le informó que estaba en la cama, enferma, y que le dolía mucho la cabeza. Al cobrador no pareció afectarle mucho el relato del niño. Se limitó a extraer de su cartera una letra de cambio y a dársela al muchacho. «Toma, guapo, dásele a tu mamá... Y ya sabes que si no la paga os quitarán el televisor y te quedarás sin ver a esos payasos que te gustan tanto». Y diciendo esto le dio un cariñoso pescozón...

«CABEZADURA»

¡El siguiente!, gritó desde su sillón. Con un gran puro en su boca, examinó con detenimiento al hombrecillo que se asomó tímidamente tras la puerta de su despacho: «¿Qué sabe usted hacer?», le preguntó insolentemente el empresario circense. El hombrecillo, sin mediar palabra, se subió a una silla y se tiró al suelo de cabeza. Se levantó y tomando carrerilla se lanzó contra la pared. Esta retumbó. Hizo lo mismo con la pared contigua. Cuando intentó subirse a la mesa del despacho, el empresario gritó: «¡Basta!». Le tendió un documento: «¡Firme aquí si está conforme! ¡Trescientas pesetas por función! El hombrecillo se apresuró a firmar, al mismo tiempo que preguntaba con voz esperanzada: «Son dos funciones al día, ¿verdad?».

NEMORINO

DIA DEL LIBRO



Como parece que en el mundo lanzar bombas es el «hobby» de todos, Hermano Lobo se complace de informar a sus lectores de las diversas formas en que debemos rechazarlas cuando se nos acercan.



Asimismo, otrosí, de las diversas maneras de lanzarlas para quien tenga esas modernas aficiones.



UN LIBRO AYUDA A LEER



El general Jackson colocó un despertador junto al micro y lo hizo funcionar. La perdigonada del repiqueteo del timbre me despertó sobresaltado.

—¡A sus órdenes!...
 «¡Maldito seas, teniente! ¡Maldito seas tú y tus muertos!...». «Oiga, General, a mis muertos no les falte, que están bajo tierra». «¡Bajo tierra vas a estar tú en cuanto vuelvas, imbécil! ¿Es que no ves a los chinos?».

Estaban a dos journalmillas de mi suponave. Habían encallado en un banco de nicotina, al final de silicountry, muy cerca ya de la primera caverna pulmonar. Un técnico trabajaba torpemente sujeto a la suponave oriental por un tubo umbilical de oxigenación. En ese momento, una fosilización de nicotina me rozaba la parte inferior del fuselaje. No podía acelerar. Estaba en 8,45 y un tirón de los motores podría rasgar la glicerina. La voz del general sonaba —como siempre— a lava ardiente: «¡Sigue, estúpido! ¡Sigue! ¡Ya casi has adelantado a esos malditos monos amarillos!».

Harto ya de escuchar el insultante graznido de mi superior aumenté la presión de los turbonámicos de popa y me dirigí a la primera caverna. Una oscuridad

VIAJE AL INTERIOR DE UN OBRERO

(III)

total me envolvió. Encendí los iluminajornales y traté de divisar una salida. Nada. Probé con el radar y una multitud de obstáculos interceptaron la comunicación de ondas. No lograba entender aquello. De pronto, al doblar un recodo, las pantallas de larga distancia se llenaron de luz antibiótica. Un terror creciente se fue apoderando de mí. Podría estar llegando a una cepa resistente... Insistí en el radar. La multitud de puntos había terminado por llenar la pantalla de una superficie sólida que se movía en terribles espasmos. ¿Qué me esperaba en las cavernas pulmonares? Tomé los propulsores antibiogramáticos y solté un chorro potentísimo. Luego, coloqué los isionácidos a 43 y la manivelas del Pas a 8 grados. Cerré los ojos un momento antes de comprobar los resultados...

No me había equivocado. Los bacilos de Koch lle-

naban la caverna. Si seguían aumentando de número a aquel ritmo, tendría que retroceder. Pero, ¿cómo? Apenas si quedaba combustible en los propulsores de proa para poder dar marcha atrás. Además, en aquella oscuridad y con los aparatos de radar inutilizados por las cepas, chocaría indefectiblemente con la suponave china. No. No había solución... Quizá, acelerando aun a riesgo de estrellarme contra los macrobacilos... De cualquier manera... Quedarse allí era peor...

Una convulsión me estrelló contra la pared derecha de la caverna. Luego un calor abrasante envolvió la suponave. Sufrí otra convulsión más violenta aún que la anterior. Luego otra, y otra, y otra... El calor aumentaba. Era un calor pegajoso, húmedo, rojo...

Un vómito de sangre... Perdí el conocimiento.

CONCORDIO

¿Qué pasará? ¿Logrará el teniente Concordio salir de los pulmones del obrero o quedará allí aprisionado para siempre? ¿Logrará llegar al cerebro antes que las sediciosas suponaves comunistas? ¡No deje de leer el próximo apasionante episodio de esta serie!